

es un terrible enemigo que se nos ha metido y que nos mata hermanos y hace miserable la vida de miles de compatriotas? Jamás el pueblo de Panamá en masa furiosa nos haría en un mes el daño que la tisis nos hace en un día.

¿Serán inoportunos los trozos que a continuación transcribo de una pieza de Bernard Shaw, *El Hombre y el Super Hombre*? Son fragmentos de un discurso semi-burlón que hace el Diablo a don Juan Tenorio, con el que trata de convencerlo de que son la Muerte y el Odio los que dominan en nuestro planeta y no la Vida y el Amor. ¿Por qué los he recordado cuando he leído esta pieza de ¿patriotismo? de la Directiva de la Sociedad Gimnástica Española?

«Digo a usted que en las artes de la vida el hombre no inventa nada, pero en las de la muerte sobrepasa a la misma naturaleza. En las artes de la paz el hombre es un chambón. He visto sus fábricas de tejidos, con sus maquinarias que un perro avaro habría inventado si hubiera necesitado dinero en vez de alimento. Conozco sus torpes máquinas de escribir, sus chabacanas locomotoras y sus enfadosas bicicletas; son juguetes comparados con una metralladora Maxim o un torpedero submarino. No hay en la industria de máquinas del hombre sino avaricia y pereza. Su corazón está en sus armas.

«En una batalla dos ejércitos de hombres se matan los unos a los otros con balas, granadas, hasta que un ejército huye y el otro persigue a los fugitivos a caballo y los hace pedazos en su huida. Y ello—dicen las crónicas—muestra la grandeza y majestad de los imperios y la pequeñez de los vencidos». Sobre esto el pueblo corre por las calles aullando de placer, y arroja huevos al gobierno para que gaste millones en asesinar, mientras los ministros más poderosos no se atreven a gastar un céntimo extra en la lucha contra la pobreza y la enfermedad a través de la cual caminan diariamente.

«La plaga, el hambre, los terremotos, las tempestades, son bastante espasmódicos en su acción; el tigre y el cocodrilo se sacian fácilmente y no son tan crueles; se necesitaba algo más constante, más despiadado, más ingeniosamente destructivo, y ese algo fué el Hombre, inventor del potro de tormento, de la picota, de los calabozos, de la silla eléctrica, de la espada, del rifle y sobre todo de la «Justicia», del «Deber», del «Patriotismo» y de todos los «ismos», por medio de los cuales se persuade aun a aquellos que son bastante inteligentes para estar dispuestos con humanidad a convertirse en el más destructivo de los destructores».

La juventud inteligente y honrada no debe ayudar al Odio y a la Muerte en su tarea, ni con protestas como la que ha hecho escribir el presente artículo, en que la vanidad superficial, y el rencor, se cubren bajo lugares comunes como estos del «espíritu legendario costarricense, altanero y altivo», «fresca la sangre de nuestros compatriotas», «sentimiento patriótico», etc., etc.

¿Cómo voy a odiar yo al pueblo de Panamá porque su Presidente y sus ministros alentaron y lanzaron tropas de asalariados contra nosotros; porque hombres de instintos criminales—como también los hay en Costa Rica—mataron a hermanos nuestros; porque una chusma estúpida arrastró el escudo de mi Patria. (También aquí en San José una chusma formada por un montón de policías costarricenses dió cincha y arrastró mujeres y niñas costarricenses; estas últimas, alumnas del Colegio de Señoritas—¿cómo tiene más valor un pedazo de cartón o lata para los costarricenses, que la carne de sus mujeres?); porque un caballero panameño con unas pobres ideas patriotas entre la mollera—como los hay entre nosotros—se puso a echar por su boca adjetivos groseros para Costa Rica o porque un malicioso panameño aludió—estando un tico presente—a la negra que mató algún soldado quizá del famoso batallón con nombre de película de cine

«el Batallón de la Muerte» o de cualquier otro de aquellos batallones tartarinescos?

Se puede ser enemigo de ese gobierno panameño; se puede sentir ira contra esos criminales panameños; el dandy panameño hace sonreír con burla y el malicioso panameño puede inspirar simpatía. Pero ¿cómo se va a odiar a los otros, al pueblo panameño víctima de ese gobierno como nosotros, contra la masa anónima, entre la que tiene que haber tantos hombres buenos, tantos mozos fuertes con ansias de amar y de vivir, tantos trabajadores abrumados, tantas madres sin hiel en el corazón, tantas mujeres cariñosas, tantos niños que en este instante en que escribo se duermen sonriendo en sus camitas o en el regazo materno?

Sí, indudablemente el Diablo de Bernard Shaw tiene razón: La Muerte tiene más valor para los vivientes que la Vida. El rencor es una manifestación que tiende más hacia aquélla que hacia ésta, y es al rencor al que le ha tendido la mano y no a la paz, una sociedad de sport, costarricense, formada por hombres jóvenes. Quizá no es el sport,—aunque a primera vista uno tenga esa ilusión—vereda que conduzca al camino de la Fraternidad Universal.

CARMEN LIRA

La rueca simbólica

Mohandas Gandhi, el líder del movimiento hindú contra la dominación inglesa, el inventor de la no cooperación, ya no podrá seguir hilando en la rueca que simboliza la protesta contra el invasor, y la esperanza de que los habitantes de la India puedan, sin acudir al extranjero, satisfacer a sus necesidades, lo cual sería la conquista definitiva de su independencia. Los médicos, dice la United Press, han encontrado a Gandhi debilitadísimo por el ayuno y no le han permitido que hile ni unos minutos diarios, a pesar de las súplicas del Apóstol.

Hé aquí, pues, un anticooperacionista perfecto. Un anticooperacionista que en el límite extremo de la inacción, levanta, no ya la bandera, sino la rueca. Es un anticooperacionista practicante, que predica y da el ejemplo; que paga de su persona, que está animado de un ideal formidable, cuya fuerza intrínseca, cuya virtualidad invencible sabrá imponerse tarde o temprano. Gandhi, con su ayuno y con su rueca, tiene amenazada de muerte a Inglaterra. Ese hombre enjuto que es casi un fantasma, se ha enfrentado al poderoso león británico; y se le ha enfrentado proscribiendo todo acto de violencia, todo inútil vocerío, toda fanfarronería destemplada. Gandhi preconiza la resistencia pasiva en forma evangélica. No ayudar al conquistador, no comprarle nada, hacerle el vacío. Nada más. Y cada vez que los hindúes han violado este programa, y han adoptado procedimientos de hostilidad activa contra los ingleses, Gandhi ha desesperado de su causa y ha declarado a quienes tal han hecho como a los peores enemigos de la libertad hindú, que no se conseguirá sino a base de no cooperación apostólica.

Gandhi tiene una fe ciega en la fuerza de la no cooperación hecha a base de sinceridad, de entusiasmo, de sacrificio, de absoluto desprendimiento de las cosas terrenales. Y sin duda un movimiento así necesariamente es invencible. Desgraciadamente, sólo en la India mitológica de los fakires, de los fanáticos, que logra suprimir el dolor a fuerza de voluntad.

Trasladada a otras latitudes, la no cooperación se torna en caricatura risible, y en vez de apóstoles ascéticos, como Gandhi, suele encontrarse cada anticooperacionista cuya gordura y apetito son dignos de envidia.

(De *El Tiempo*, Bogotá).